

«¿Cuándo serán estas cosas?»

(Marcos 13)

Joe Schubert

Marcos 13 es uno de los capítulos más difíciles del Nuevo Testamento. Es uno de los capítulos más plenamente empapados de pensamiento judío de toda la Biblia. Desde el comienzo hasta el fin, Jesús se ocupa de la historia y las ideas judías. Una y otra vez se usan en el capítulo términos judíos, y se presentan ilustraciones que son extrañas, si no completamente desconocidas, para la forma de pensar occidental moderna.

I. EL AMBIENTE (13.1-2)

Jesús y Sus apóstoles acababan de pasar por última vez por el templo que estaba en Jerusalén, y estaban subiendo hacia el monte de los Olivos, desde donde se podía captar una espléndida vista del templo. Es en este ambiente que la narración de Marcos 13 da comienzo. Dice Marcos:

Saliendo Jesús del templo, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, mira qué piedras, y qué edificios. Jesús, respondiendo, le dijo: ¿Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada (vers.^{os} 1-2).

La construcción de este templo había dado comienzo cerca del 20 a. C., y no se había acabado para los tiempos de Jesús. El historiador judío Josefo, que escribió en el primer siglo, describió el templo en sus escritos. Dijo que algunas de las piedras de éste eran de doce metros de largo por cinco y medio de alto y tres y medio de ancho. Fue lo gigantesco de las piedras lo que llevó a los apóstoles a decir: «Jesús, mira las grandes piedras del templo. De veras que es una espléndida estructura». Josefo continúa explicando que, visto desde la distancia, el templo parecía un monte cubierto de nieve, porque la parte que no estaba dorada resplandecía con un blanco brillante. Uno se quedaba pasmado al mirar esa vista desde algunos kilómetros de distancia.

El templo de Jerusalén parecía el máximo exponente del arte y la realización humanos. En vista de su vastedad y solidez, parecía que iba a permanecer para siempre. Pero Jesús, en los versículos del comienzo de Marcos 13, hizo la asombrosa afirmación en el sentido de que pronto vendría el día cuando ni una sola piedra de ese templo quedaría sin ser derribada. En menos de cuarenta años, cuando el general romano Tito destruyó la ciudad de Jerusalén, en el 70 d. C., esta profecía de Jesús se cumplió.

II. LAS SEÑALES DE LA CAÍDA DE JERUSALÉN (13.3-31)

Cuando Jesús y los apóstoles llegaron al monte de los Olivos, los apóstoles preguntaron a Jesús acerca de lo que había dicho. Estaban verdaderamente preocupados por la destrucción de Jerusalén que Él había anunciado. Pedro, Jacobo, Juan y Andrés vinieron a él en privado y le preguntaron: «Dinos, ¿cuándo serán estas cosas? ¿Y qué señal habrá cuando todas estas cosas hayan de cumplirse?» (vers.^{os} 3-4).

Es comprensible que a la mentalidad occidental del siglo veintiuno le resulte difícil imaginarse la estupefacción que les causó a estos apóstoles el anuncio que hizo Jesús en el sentido de que este templo y todas sus piedras serían destruidos. Debido a su espléndida hermosura, tamaño e importancia, el judío consideraba que el templo era tan duradero como el mundo mismo.

Es interesante notar que en el pasaje paralelo, en Mateo 24, los apóstoles le hicieron a Jesús una tercera pregunta. Le preguntaron: «¿Qué señal habrá de tu venida, y del fin del mundo?». No es de extrañar que los apóstoles le preguntaran a Jesús acerca de la destrucción del templo y también acerca del fin del mundo en la misma conversación. Lo más probable es que los apóstoles relacionaran

el fin de la nación judía con el fin del mundo. Ellos creían que el fin del mundo y el fin de la nación judía ocurrirían a un mismo tiempo. Esta es, aparentemente, la razón por la cual Marcos y Lucas omiten la pregunta acerca del fin del mundo, mientras que Mateo la mantiene. Cuando los apóstoles dijeron: «¿Cuándo será destruida Jerusalén? ¿Cuándo será el fin de la nación judía? ¿Cuándo será destruido el templo?», ellos también estaban preguntando, a su modo de verlo por lo menos, lo siguiente: «¿Cuándo será el fin del mundo?».

En la respuesta que Jesús dio a estas preguntas, en realidad se entretienen dos temas. Es allí donde entra en consideración la dificultad de interpretar Marcos 13, Mateo 24 y Lucas 21. En la respuesta que dio Jesús se entretienen dos temas: Sus profecías acerca de la destrucción de Jerusalén y Sus advertencias acerca del segundo Advenimiento.

Resulta bastante claro que Jesús se propuso que la destrucción de Jerusalén simbolizara la destrucción del mundo y el segundo Advenimiento. Jesús vendrá a juzgar a Jerusalén; y vendrá una segunda vez al final de todas las cosas. Un evento anuncia y apunta al otro. Cuando enfocamos Marcos 13, Mateo 24 y Lucas 21 entendiéndolos de esta manera, muchas afirmaciones de significado oscuro llegan a ser más claras.

Jesús comienza Su respuesta a la pregunta de los apóstoles en el versículo 5:

Jesús, respondiéndoles, comenzó a decir: Mirad que nadie os engañe; porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y engañarán a muchos. Mas cuando oigáis de guerras y de rumores de guerras, no os turbéis, porque es necesario que suceda así; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá terremotos en muchos lugares, y habrá hambres y alborotos; principios de dolores son estos (vers.^{os} 5-8).

Jesús dijo que los tiempos que precederían a la destrucción de Jerusalén serían tiempos de turbulencia. Habría falsos Mesías afirmando ser el Cristo. Habría guerras y rumores de guerras. Habría conflictos nacionales. La historia registra varias sublevaciones, guerras e insurrecciones durante ese período de tiempo, las cuales se dieron no sólo en Palestina, sino también por todo el territorio del Imperio Romano. Una sublevación ocurrida en Seleucia dio como resultado la muerte de cincuenta mil judíos. Otra que ocurrió en Cesarea fue la causa de la muerte de veinte mil judíos poco

después de esta fecha.

Jesús dijo que habría terremotos. No habían pasado cuarenta años, cuando el mundo romano se horrorizó ante el espantoso terremoto que arrasó la ciudad de Laodicea. Se quedaron pasmados ante la erupción del monte Vesubio que sepultó bajo lava la ciudad de Pompeya a tal grado que ésta quedó completamente cubierta por siglos.

Jesús también anunció hambres. Según registra la historia, hubo una gran hambre en Roma durante los tiempos de Claudio César. Pero Jesús, después de enumerar todos estos eventos que sucederían, dijo: «Pero recuerden, este será sólo el comienzo».

Pasó a dar advertencias acerca de las persecuciones que habían de venir. Dijo:

Pero mirad por vosotros mismos; porque os entregarán a los concilios, y en las sinagogas os azotarán; y delante de gobernadores y de reyes os llevarán por causa de mí, para testimonio a ellos. Y es necesario que el evangelio sea predicado antes a todas las naciones. Pero cuando os trajeren para entregaros, no os preocupéis por lo que habéis de decir, ni lo penséis, sino lo que os fuere dado en aquella hora, eso hablad; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo (vers.^{os} 9-11).

Este párrafo debe de haber sido dirigido particularmente a los apóstoles. La referencia a que serían entregados a las sinagogas es indicio de que debía cumplirse en los tiempos cuando en éstas se llevaba a cabo el culto judío. Jesús habló de otras persecuciones que vendrían. Dijo: «Os entregarán a los concilios», dando a entender los concilios judíos. Mencionó que comparecerían delante de gobernadores y de reyes, lo cual es una referencia a los juicios romanos que enfrentarían, semejantes a los juicios de Pablo delante de Félix, Festo y Agripa. Jesús dijo que aun los de la misma familia del hombre lo traicionarían en cierto momento. Agregó que los cristianos serían aborrecidos por todos los hombres, por causa de Él. Pero en estas dificultades, así como en todas las demás, dijo Él: «El que persevere hasta el fin, éste será salvo». El fin del que habla aquí no es el fin de la nación judía, sino el fin de la propia vida de uno. La vida cristiana no es un esprint. Es más bien un maratón. No es una sola batalla. Es una prolongada campaña. Es solamente el que persevera hasta el fin, el que será salvo.

G. J. Jeffrey habla acerca de un famoso hombre que una vez rehusó hacer que escribieran su biografía mientras él todavía estuviera vivo. Explicó

este hombre: «He visto a muchos que se han rendido en la recta final». Uno no está a salvo mientras no llegue al final de su jornada. Dijo Jesús: «Es el hombre que persevera hasta el fin el que será salvo».

Añadió, en el versículo 10, una frase que casi parece un paréntesis, en el sentido de que era necesario que el evangelio se predicara a todas las naciones antes de que Jerusalén fuera destruida. Unos treinta años después de esta conversación que Jesús tuvo en Marcos 13, Pablo pudo escribirles a los colosenses en Colosenses 1.25 que el evangelio, de hecho, había sido predicado a toda criatura bajo el cielo, mostrando así que a principios de la década de los sesenta, esta profecía se había cumplido.

En los versículos que siguen Jesús anunció algunos de los espantosos horrores del asedio final y de la caída de Jerusalén. Dijo:

Pero cuando veáis la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel, puesta donde no debe estar (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes. El que esté en la azotea, no descienda a la casa, ni entre para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás a tomar su capa. Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno; porque aquellos días serán de tribulación cual nunca ha habido desde el principio de la creación que Dios creó, hasta este tiempo, ni la habrá (vers.^{os} 14–19).

Jesús advirtió que cuando el pueblo viera las primeras señales del inminente ataque a Jerusalén, ellos debían huir de la ciudad rápidamente, y no se debían demorar ni siquiera para llevar ropas extra ni para recoger sus bienes. Pero esto fue precisamente lo que hicieron. Cuando vieron que venía el ataque de los romanos sobre Jerusalén, todos se precipitaron a entrar en la ciudad. La muerte vino de maneras que son demasiado horrosas para siquiera mencionarlas.

Jesús mencionó la abominación desoladora en el versículo 14. Esta frase apareció originalmente en el libro de Daniel. Daniel mencionó la abominación desoladora que pronto sobrevendría a Jerusalén, refiriéndose, aparentemente, a las acciones llevadas a cabo por un gobernante y rey griego en el 167 a. C., muchos años antes de que se escribiera el Nuevo Testamento. Un gobernante y rey griego llamado Antíoco Epífanes vino a Jerusalén y estableció un altar pagano en el sitio del templo. Sacrificó allí un cerdo al dios griego Zeus. Daniel llamó a la acción de Antíoco Epífanes la abominación desoladora. Jesús usó la misma

frase para anunciar que esa clase de abominación, que una vez profanó a Jerusalén, volvería a suceder.

Lucas, en su narración paralela en Lucas 21, da a entender claramente que la desolación a la cual Jesús se refería tiene que ver con los ejércitos romanos que asediarían a Jerusalén. En Lucas 21.20 se lee que Jesús dijo: «Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado».

En el 70 d. C. Jerusalén cayó al fin bajo el asedio del ejército de Tito, quien pronto llegaría a ser emperador de Roma. Los horrores de ese asedio constituyen una de las más negras páginas de la historia humana. La gente que venía del campo entró en tropel en Jerusalén, haciendo todo lo contrario de lo que Jesús les había aconsejado. A Tito no le quedó más remedio que impedir la entrada de alimentos en la ciudad hasta que ésta se rindiera. Josefo contó la historia de ese terrible asedio en su obra *Las guerras de los judíos*. Dijo que 97.000 judíos fueron llevados cautivos, y que 1.100.000 murieron de hambre o por la espada, en la arremetida contra Jerusalén. Dijo que las calles de la ciudad estaban literalmente llenas de cadáveres, y que muchos murieron mientras estaban en el proceso de enterrar a otros. Dijo que era tanta la desesperación de la gente por el hambre, que literalmente buscaban en los albañales y en los montones de estiércol del ganado, para ver si encontraban algo que comer. Describió una escena de hombres royendo correas y zapatos de cuero. Contó un terrible relato acerca de una mujer que mató y asó a su propio hijo y les brindó un bocado de esa espantosa comida a otros que vinieron a su puerta buscando alimento.

La profecía que Jesús hizo en Marcos 13, acerca de los espantosos días que esperaban a Jerusalén llegó trágicamente a cumplirse. Los que entraron en tropel en la ciudad buscando protección murieron por miles. Solamente se salvaron los que pusieron en práctica el consejo de Jesús y huyeron a los montes de Judea.

En el versículo 20 Jesús agregó: «Y si el Señor no hubiese acertado aquellos días, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos que él escogió, acertó aquellos días». La referencia a los escogidos es una referencia a los cristianos, no al pueblo judío. Estos cristianos fueron escogidos por Dios por medio de la obediencia de ellos al evangelio. Jesús usó el tiempo pasado y dijo: «Y si el Señor no *hubiese* acertado aquellos días, nadie sería salvo» (énfasis nuestro). El tiempo pasado es profético. Se refiere a algo que Dios decretó para el futuro. Había tanta certeza de que ocurriría que se podía

hablar de ello como si ya hubiera ocurrido.

Dios acertó esos días. No sabemos exactamente cómo lo hizo. Lo que sí sabemos, por el testimonio de la historia secular, es que debido a asuntos personales urgentes de los generales romanos, éstos tuvieron que volver apresuradamente a Italia antes de que el asedio se terminara de llevar cabo. Jerusalén había sido destruida, pero no toda la nación tuvo la misma suerte. Esta pudo ser una manera como el Señor acertó esos días. Cuando el historiador Eusebio escribió algunos siglos después, dijo que, sorprendentemente, los generales romanos, sin que mediara razón aparente, suspendieron el ataque, dándoles a los cristianos que estaban en Jerusalén la oportunidad de huir, y miles de ellos, de hecho, huyeron en ese momento y se refugiaron en los montes de alrededor. Eusebio también dijo que ni un solo cristiano perdió su vida en el ataque contra Jerusalén.

Jesús les dijo a los apóstoles que Él mismo no aparecería personalmente en el momento en que Jerusalén fuera destruida, y que los discípulos no debían esperar que ello sucediera. En los versículos 21 al 23 dijo:

Entonces si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo; o, mirad, allí está, no le creáis. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán señales y prodigios, para engañar, si fuese posible, aun a los escogidos. Mas vosotros mirad; os lo he dicho todo antes.

Llegamos ahora a los versículos más difíciles del capítulo. Estos versículos parecen referirse directamente a la segunda venida de Jesús y al fin del mundo. Esto es lo que dicen los versículos 24 al 27:

Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria. Y entonces enviará sus ángeles, y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.

Estos versículos tienen un lenguaje tan directo y tan vívido que muchos piensan que sólo puede estar describiendo el segundo advenimiento de Jesús, cuando Éste venga en las nubes con sus ángeles al final de los tiempos. Sin embargo, si este pasaje se estudia a la luz del lenguaje tradicional, profético, de los judíos, se puede ver muy claramente que está describiendo la caída y el fin

de la nación judía.

En el Antiguo Testamento se usó muchas veces literatura apocalíptica para describir los grandes desastres nacionales. En esta clase de literatura se usan símbolos conocidos para expresar la destrucción de naciones. El lector judío del Antiguo Testamento conocía muy bien el lenguaje apocalíptico. Jesús describió el inminente fin de la nación judía usando el mismo lenguaje que el Antiguo Testamento usó para describir la caída de otras naciones.

Por ejemplo, cuando el desastre se cernía sobre Babilonia y Egipto, los profetas usaron la misma clase de lenguaje para describirlo. Considere, por ejemplo, Isaías 13.10, donde Dios describió el fin de Babilonia:

Por lo cual las estrellas de los cielos y sus luceros no darán su luz; y el sol se oscurecerá al nacer, y la luna no dará su resplandor.

En la época de Isaías, la gloria de Babilonia resplandecía como el sol, la luna y las estrellas. Pero Dios dijo por medio de Isaías: «Vendrá el día cuando la gloria de Babilonia se desvanecerá». Usó los símbolos del oscurecimiento del sol y de la luna y del cese de la luz de las estrellas, para señalar el fin de la nación y la gloria de Babilonia. Si el Espíritu Santo, hablando por medio del profeta Isaías, usó tal lenguaje figurado para describir la caída de una nación pagana como Babilonia, nación que no conocía a Jehová, cuánto más no usaría el Espíritu Santo la misma clase de lenguaje, para describir la caída y el fin de la nación judía, Su pueblo escogido.

Refiriéndose a Egipto, Ezequiel escribió en Ezequiel 32.7-8 lo siguiente:

Y cuando te haya extinguido, cubriré los cielos, y haré entenebrecer sus estrellas; el sol cubriré con nublado, y la luna no hará resplandecer su luz. Haré entenebrecer todos los astros brillantes del cielo por ti, y pondré tinieblas sobre tu tierra, dice Jehová el Señor.

Estas vívidas imágenes del oscurecimiento del sol, la luna y las estrellas fueron utilizadas por el profeta para describir el fin de la gloria de Egipto.

La anterior es literatura apocalíptica, literatura que expresa la muerte de una nación por medio del uso de símbolos naturales. Eso es precisamente lo que se encuentra en Marcos 13. Cuando Jesús dijo en el versículo 24: «El sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán conmovidas», Él usó lenguaje apocalíptico para

decir: «El fin de la nación judía y de su gloria está cerca, el fin está por llegar», y lo dijo como si estuviera dando a entender que todo el universo iba a ser destruido.

Pero, ¿y qué de los versículos 26 y 27?

Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria. Y entonces enviará sus ángeles, y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.

Muchos comentaristas han dado por sentado que la expresión «vendrá en las nubes» se refería a la venida de Jesús al final de los tiempos. Un estudio detenido de las Escrituras, no obstante, revelará que esa no es necesariamente la interpretación. Una expresión parecida aparece en Isaías 19.1. Esto fue lo que Isaías escribió: «He aquí que Jehová monta sobre una ligera nube, y entrará en Egipto; y los ídolos de Egipto temblarán delante de él, y desfallecerá el corazón de los egipcios dentro de ellos». Aunque este pasaje habla acerca del Señor montando sobre una nube, sabemos que los egipcios no vieron a Jesús ni a Dios apareciéndose en persona, en los días cuando Egipto recibió el juicio de Dios. La imagen del Señor montando sobre una nube sencillamente señalaba Su venida para juzgar a la nación de Egipto, del mismo modo que su aparición en las nubes del cielo señalaba aquí Su venida para juzgar a la nación de los judíos.

La referencia que se hace a los ángeles en el versículo 27, no necesariamente lo es al segundo Advenimiento. La palabra griega que se traduce por ángeles es *aggelos* que muchas veces en el Nuevo Testamento se refiere a mensajeros humanos, así como a mensajeros celestiales. Lucas 7.24 se refiere a mensajeros de Juan que vienen a Jesús, y en ese versículo se usa la misma palabra. Es a los mensajeros de Juan, a los representantes de Juan, a quienes se da a entender. En Marcos 13.27, donde Jesús dijo: «Y entonces enviará sus ángeles, y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo», Él se refería a la evangelización de los que están perdidos en el pecado, mediante la predicación del evangelio de Jesús por mensajeros humanos. La destrucción de Jerusalén señalaría el fin de un período de tiempo cuando la obra de Dios se circunscribía en gran medida a una sola nación: la de los judíos. Anunciaría el fin de esa era y el comienzo de otro período de tiempo en el cual los escogidos de Dios, los cristianos, se compondrían de gente de todas las naciones bajo el cielo. Los escogidos serían juntados de los cuatro vientos,

desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo. De todas las direcciones los cristianos entrarían a raudales en el reino. El Señor usó el mismo estilo de expresión en referencia a la universalidad del evangelio, cuando dijo en Lucas 13.29: «Porque vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios». Esa expresión se refería al crecimiento de la iglesia, no al fin del mundo.

La destrucción de Jerusalén en el 70 d. C. por Tito, simboliza la destrucción de todas las cosas al final de los tiempos. Tal vez esa sea la razón por la cual Jesús decidió usar tal lenguaje, y usarlo de la forma que lo hizo. Al segundo Advenimiento y al fin del mundo habrá un cumplimiento literal de las profecías que Jesús hizo en Marcos 13. Tal como Pedro lo expresa en 2ª Pedro 3.10:

Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.

En la epístola que Pablo les envía a los Tesalonicenses, donde les habla acerca del segundo Advenimiento, describió éste como un evento en el cual el Señor Jesús se manifestará desde el cielo en llama de fuego, con los ángeles de Su poder, y dará retribución a los que no conocen a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo (2ª Tesalonicenses 2.7–8). La destrucción de Jerusalén simbolizaba estos eventos, tal como el lenguaje de Marcos 13 lo demuestra claramente. El segundo Advenimiento no era el significado inmediato, sino el sentido simbólico ampliado de lo que Jesús dijo.

Jesús terminó estas palabras acerca de la destrucción de Jerusalén con una lección que nos enseña la higuera. Dijo en los versículos 28 y 29:

De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas.

Jesús estaba diciendo que los hombres pueden distinguir los sucesos corrientes de la vida por las señales que observan en el mundo natural. Por ejemplo, cuando ven la higuera echando hojas nuevas ellos saben que está por dar comienzo el verano. Del mismo modo, cuando la gente viera los ejércitos romanos acercándose a Jerusalén ellos sabrían que el fin de la nación judía estaba cerca.

Jesús dijo que muchos que lo estaban oyendo

hablar estas palabras todavía iban a estar vivos cuando Jerusalén cayera. Las palabras de Él que se recogen en el versículo 30, constituyen la razón primordial por la que no podemos decir que Él estaba hablando acerca del fin del mundo. Note el versículo 30: «De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca». Luego añadió en el versículo 31: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán». Jerusalén sería destruida en esa generación. Más adelante, en el momento en que Dios lo decida, un cataclismo aún más grande ocurrirá al tiempo en que Jesús venga otra vez y los cielos y la tierra mismos sean destruidos. Pero las palabras que Jesús dijo permanecerán aun después de estos cataclismos.

III. EL SEGUNDO ADVENIMIENTO (13.32–37)

En el último tramo del capítulo se recoge una exhortación y advertencia a los discípulos acerca del día postrero y el fin del mundo. ¿Cuándo ocurrirá? El mundo no iba a terminar cuando Jerusalén fuera destruida, lo cual era contrario a lo que esperaba la generalidad de los judíos. Pero el fin del mundo ocurrirá en algún momento en el futuro, en un día y en una hora que sólo Dios conoce. Dijo Él:

Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre.

Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo. Es como el hombre que yéndose lejos, dejó su casa, y dio autoridad a sus siervos, y a cada uno su obra, y al portero mandó que velase. Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; para que cuando venga de repente, no os hallé durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad.

Jesús dijo que aun Él no sabe de la hora ni del día cuando vendrá por segunda vez. Hubo ciertas verdades que Jesús estuvo dispuesto a dejar en la mente y en la mano de Dios. ¡No hay advertencia más fuerte ni reprensión más clara para los que hoy día insisten en fijar calendarios y fechas para el segundo Advenimiento! «Los ángeles no lo saben; Yo no lo sé; sólo Dios lo sabe», dijo Jesús. No hay nada más tranquilizador que las anteriores palabras de Jesús, para cuando uno lee las predicciones de algunos de los profetas de los últimos días.

Jesús sacó de todo lo anterior una conclusión práctica. Dijo: «Somos como hombres que saben que su señor vendrá, pero que no saben cuándo». Vivimos a la sombra de la eternidad. Lo anterior significa que debemos vivir de modo tal que no nos importe cuándo venga. Toda la vida es un tiempo de preparación para encontrarse con nuestro Rey. Jesús concluyó diciendo: «Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad».

CONCLUSIÓN

Del mismo modo que las palabras de Jesús acerca de la destrucción de Jerusalén se cumplieron, también la promesa de su segundo Advenimiento se cumplirá. La destrucción de Jerusalén fue el juicio de Dios sobre la nación Judía por haber rechazado la condición de Mesías de Jesús.

Jesús va a volver, a una hora y en un día que los seres humanos no conocen. Como no sabemos la hora, y no la podemos saber, debemos estar siempre preparados para ella.

¿Está usted preparado para que venga ese día? La historia marcha en una dirección. Toda la historia de la humanidad se dirige hacia la hora X, cuando Jesús descenderá del cielo con Sus ángeles, con trompeta de Dios, y clamor de arcángel. ¿Qué será de usted cuando la hora X llegue?